

que carecemos, los tengamos abundantes y á un precio módico.

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de média legua, cuando de repente da Tirabeque un grito de sorpresa diciendo : — ¡Señor, señor, un coche andando sin ruedas! Así era la verdad. Usanse en AMSTERDAM una especie de coches sin ruedas (*traîneaux*), tirados por uno ó dos caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en AMSTERDAM, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como allí. Los coches de ruedas se usan poco, y aun ántes eran prohibidos, á causa de la poca solidez del terreno, excepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No ménos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del país, todos pintadidos de verde y muy limpios, sin timón, y sin que los caballos, vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos piés una especie de timon corvo, con el que da al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como aquel, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este país. — Señor, ¿qué cosa mas natural en un extranjero? — Y bien, ¿qué te parecen? — Señor, parécenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas. — No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en lo general. — Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español : «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian.» — Plebeyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasía humilde. — En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aquí no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá, Vd. entendido bien lo que he querido decir. — Sí, sí, demasiado.

— Señor, ¿y qué casta de mujeres serán esas que llevan una patena da plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó sacatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un

muelle de acero, como si fuera un muelle de un reloj? — Muchas mujeres del país usan ese género de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las Frisonas. — ¿Las de la tierra de los caballos *frisonas*? — Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias septentrionales de la Holanda. — Señor, así son ellas tan mujeronas y tan rollizas. — En la Frisia todo es de mucha talla, Pelegrin : la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, la de las vacas, todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto.

Seguramente es particular el prendido de las mujeres de los Países-Bajos, especialmente de las Frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finísimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas láminas ó planchas de plata ú oro que pasan formando un semicírculo por detras de la cabeza, viniendo á rematar en forma de patenas sobre las sienes, y á cuyas extremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de loa cuales cuelgan dos largos pendientes. Estos adornos suelen costarles veinte ó treinta doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia, que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guarniciones, que bajan desde la cintura como una cuarta ó média tercia, es el traje comun de las mujeres del país. Y su aseo en los vestidos guarda perfecta armonía con el aseo de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland* con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de Paris están tan difundidos entre las familias ricas como lo están ¡para felicidad y ventura de la España! entre las nuestras. Los señores holande-

ses son mas dados á vestir, vivir y comer á la inglesa, que á la francesa. En Holanda se ve mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio, los holandeses son una média tinta entre los ingleses y los alemanes.

Comercio, industria y riqueza.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los trajinantes del comercio marítimo de Europa. Así es, y no puede ménos de ser; porque los habitantes de un país donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de média onza española por una libra de uvas, no parece que se podrán dedicar mucho á cavar viñas. Así pues, colocados á la orilla del mar, y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazon de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, pero tan seguros como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra, hace que nadie pueda trasportar tan barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotaje de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un país mercantil; AMSTERDAM es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, con que bien puede el lector discurrir lo que será AMSTERDAM. Supónese que el illustre autor de *Telémaco* tenia á la vista el puerto de AMSTERDAM cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: « Yo no podía saciar mis ojos del espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde todo estaba en movimiento. Yo no veía allí, como en las ciudades de la Grecia, holgazanes y curiosos que acuden á saber noticias á la plaza pública, ó se entretienen en pasar revista á los extranjeros que arriban al puerto (1). Los hombres están ocupados en descargar los buques, en trasportar las mercancías ó en venderlas, en arreglar sus almacenes, ó en ajustar cuentas con los negociantes extranjeros. »

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo frances podia contar con ser tan mal re-

(1) De buena nos librámos con no haberle dado al señor Fenelon el anejo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que si no, mas cerca habia comparacion.

cibido del conserje como lo fué el ménos reverendo fraile español; porque si bien creyéndonos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada simpático, cuando le dijimos que éramos españoles, no se manifestó mas adicto y devoto; españoles y franceses le hacíamos poquísima gracia; pero al fin, aunque harto recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la marina* de AMSTERDAM! Aquello es una poblacion entera. Como unos tres mil operarios trabajaban en la construccion de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos varias fragatas y un navio de tres puentes y de noventa y cinco cañones: la hermosa fragata *Doggersbank* de sesenta cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro extremo del globo, me hacian recordar tristemente á mí, Fr. Gerundio, el inanimado silencio que siete meses ántes habia observado en el *arsenal de la Carraca* de Cádiz.

Salimos de allí, y pasámos á ver el *gran depósito mercantil* de AMSTERDAM. Consiste este en dos larguísimas hileras de edificios unidos, á un lado y otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacén particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puerta correspondiente. Buscámos las de España, y se nos hizo no poco extraño no encontrar á *Barcelona*, mucho mas habiendo visto á *Cádiz* y alguna otra plazá española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una extension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y el color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos de comercio de exportacion de los holandeses, ademas de los finísimos lienzo, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion *la pesca del arenque*, pues como decia muy bien Voltaire: « la pesca del arenque, que parece una cosa de bien poca importancia en la historia del mundo, ha dado á la Holanda marinos intrépidos y temibles, acostumbrados á una vida dura, sobria y activa, á una disciplina severa y á una grande economía. »

Mas de 2,000 barcos destina sola la ciudad de AMSTERDAM á la pesca del arenque : el arte de salarlos y conservarlos fué inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura en los hombres célebres : sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels* está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo emperador Carlos V no se desdeñó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaleo de la verbena, entónces es cuando en Holanda se da principio cada año á la pesca del arenque. En España la noche de San Juan, se gasta el dinero en pescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero : cada país tiene sus usos y costumbres, y cada de país es tan rico, ó tan pobre como le lleva el genio, y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte, que el rico que cavila y se afana.

Habíamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de maderas barnizadas de verde por fuera y de blanco por dentro, sin afinar lo que en tales vasijas llevaban las mujeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique*, apareciósenos nuestro *M. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicimosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veíamos trasportar, era leche. — ¡Poder de Dios! exclamó mi Pelegrin, ¡y qué abundancia de leche! ¿Y dónde hay vacas para dar tanta leche? En primer lugar, Sr. Pelegrin, las vacas de Holanda dan mas leche que las de otros países, tanto que aquí una vaca mantiene una familia; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos, sino tambien en el esmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, Sr. Pelegrin, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas, y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del país.

— ¿Y no me dirá Vds., Sr. *Soetens*, qué hacen Vds. aquí con las vacas para que engorden tanto y den tanta leche? — Por de contado aquí nunca se las maltrata; jamas ni el pastor ni el labrador las castigan con golpes como en otras partes. — Mire Vd., Sr. *Soetens*, eso va en genios; me alegrara que viera Vd. las tundas que las sacuden allá en España: allí el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal, no sirve para el oficio. Aquí miman

Vds. mucho á los animales. — ¡Oh! eso no lo sabéis bien. Aun se miman mas á las abejas; porque otro de los ramos de la riqueza del país es la educacion de las abejas, en lo cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y de la Zelandia: y aun la mejor miel es la que se coge aquí cerca de AMSTERDAM. ¿Queréis saber cómo se trasporta las abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.

— Paréceme, Sr. *Soetens*, que los ramos de riqueza de Vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algun ganadillo... En España sin tanto trabajo ni tantos arrumacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y vacuno, mucho garbanzo, mucha perdiz, mucho pavo... aquella es la tierra de Dios, Sr. *Soetens*; allí es el vivir. — Que la España es país mas fértil que el nuestro, no os lo negaré yo, Sr. Tirabeque, si bien aquí se suple bien la falta de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerveza, y con el anisete y el curazao, que son muy afamados los de Holanda, y así de lo demas; el arte suple tambien en mucho á la naturaleza, á el debemos el coger los frutos en un país tan frio como este, con mas anticipacion que en otro alguno; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen fácilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de necesidad, de comodidad, y aun de lujo de todos los países del globo. De nada se carece en Holanda: aquí hay todo lo que puede halagar la sensualidad del rico: vos habéis visto y estáis viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades; pues bien, las aldeas no son ménos ricas respectivamente: un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menaje mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra; un aldeano holandés pasaria en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confin del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.

Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo tenia qué responder á esto, porque efectivamente veíamos y palpábamos la verdad del

razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veíamos y palpábamos no con poca envidia.

Adfabulatio.

Ahora bien; apliquemos la moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta AMSTERDAM? ¿Dónde están, preguntaba yo, los españoles que deberian acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de toda Europa, los de la América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el país, ¡ni siquiera tenemos ahora un *cónsul*! Ó se le habia hecho retirar por *innecesario*, ó le habia sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensemos en la moral de la historia.

Las fieras.

Pasámos por el *Muelle Imperial*, por el del *Príncipe* y el de los *Caballeros* que son los mas anchos y suntuosos. Cruzámos el *Puente de los enamorados* sobre *Amstel*, de treinta y cinco arcos, y como unos setecientos piés de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro, me decia Tirabeque: — Señor, paréceme que los enamorados holandeses no han de ser de genio de tirarse al río; tengo para mí que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores. — ¿Y por qué no? — Señor, porque es tierra esta muy humeda y muy fria, y calienta poco el sol. ¡Con que sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allá donde el sol achicharra, cuanto mas.... — Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.

Seguímos un rato por las frondosas afueras de AMSTERDAM, y luego nos internó otra vez *Soetens*, llevándonos á la historia natural, jardín botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el jardín de plantas de Paris, una coleccion de fieras mas rica y numerosa, ni mejor atendida y cuidada. Divirtiósese Tirabeque muy á su sabor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaños. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserje nos avisó que iba á dar de comer á las fieras por si gustábamos presenciar el espectáculo. Así lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de

ver á los tigres y hienas, de que habia tambien no poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carnero; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras dañinas, y las alimentan con carne de animales inocentes, por efecto de la civilizacion que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson, los *llamas*; el *pelicano*, simbolo del amor maternal que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban várias especies de galápagos, cocodrilos, salamandra, serpientes-piton, etc., todos vivos, y envueltos entre cobertores que juraria ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremeciase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *lingus vibrantibus ora* de Virgilio, y asustósese mas cuando vió al conserje rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caduceo sin temor de que le picaran, que tanto llegan á familiarizarse los hembres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.

Museo, academias, templos, sociedades.

Salímos de entre las fieras, no con poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un « *timeo quidem, timeo,* » que no podia disimular, y habiéndonos encontrado con un jóven abogado, amigo de *Soetens*, y que llegó á hacerse nuestro tambien, visitámos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de poco mas de cuatrocientos cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo*, rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*; la sociedad *Félix Méritis* y otras várias instituciones.

Entrámos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II en el trascoro firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independenciam de las Provincias-Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristaleria de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los Burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judios portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judios, pues se acercan á treinta mil. El *templo católico* de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni

una palabra entendimos, sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el joven abogado, su compañero.

Por la noche nos llevaron nada ménos que á dos tertulias; y á fe que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del país, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el extranjero habiamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades hacíamos los españoles, puesto que apenas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal frances que nosotros hablábamos.

Á pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacerme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM; por lo que me vi en el caso, si no de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia, y de llevarle al dia siguiente fuera de AMSTERDAM al pueblo que luego diré.

BROEK.

Pueblo raro, singular, notabilísimo.

Dos excursiones aconsejaria hacer á todo extranjero que llegase á AMSTERDAM, una á *Saardam* y otra á *Broek*; y aun las dos poblaciones pueden verse en un mismo dia, aprovechando los vapores que para una y otra salen dos ó tres veces al dia, de AMSTERDAM.

Nosotros nos limitámos solo á *Broek*, en razon á lo crudo que el dia se puso, por lo que hubimos de renunciar el placer de ver la casa que habitó en *Saardam* el czar Pedro I de Rusia, y la lápida que hizo colocar en ella el emperador Alejandro, así como sus cuatrocientos ó mas gigantescos molinos de viento, destinados unos á moler trigo, otros á aserrar maderas y mármoles, y otros en fin á la fabricacion de aceite, de tabaco, de albayalde ó de papel: este último es el que desde allí sale á extenderse por toda Europa, por América y por Levante.

Broek está á dos leguas N. E. de AMSTERDAM. Dificil, si no im-

posible, nos hubiera sido ver á *Broek* en toda su originalidad y belleza si no nos hubiera hecho el obsequio inapreciable de acompañarnos el amable *Soetens*; por eso dije en capítulo anterior que jamas podria olvidar los buenos servicios que nos habia dispensado: él llevaba relaciones con uno de los ricos capitalistas que viven retirados en *Broek*, y á eso debimos la especialísima gracia de ver por dentro algunas casas del pueblo; y digo *especialísima gracia*, porque esto es tan difícil, que se cuenta que habiéndolo pretendido el emperador José II, no lo pudo conseguir.

Llegámos á *Broek*... « ¡qué es esto! » exclamé yo asombrado, sorprendido, arrobado de admiracion. Tirabeque se quedó inmóvil, sin acertar á preguntar nada; y á la verdad no lo extrañé: la sorpresa que causa el aspecto exterior de *Broek* es inexplicable. Las casas son generalmente de madera, y pintadas con tanto gusto, esmero y regularidad, que toda la villa presenta el aspecto de una decoracion teatral. Las calles están enladrilladas con baldosas de diferentes colores, que se barren y friegan todos los días como un salon. ¿Qué extraño es que *Broek* tenga fama y celebridad en toda Europa por el aseo y limpieza de sus casas y de sus calles? Sin embargo, no sé si á España habrá llegado su celebridad; por mi parte confieso que *nec si Broek erat audivimus*, ni siquiera tenia noticia de que hubiera *Broek* en el mundo. Y bien, ¿qué os parece? me preguntaba *Soetens*. — Creo que en el semblante, le respondí, podréis leer sin dificultad mi admiracion.

Cada casa está situada entre dos jardines, en que se cultivan las flores mas raras que se puede pensar; pero mas raros y mas singulares son todavia los adornos que los embellezen. Con las plantas y con las flores hacen en ellos las combinaciones y figuras mas extrañas, representando aquí un cuervo blanco, allí un conejo amarillo, acá un par de tigres azules, allá unos zorros verdes, y aquí y allá vasos de la China y del Egipto con todas sus caprichosas formas, que le dejan á uno tan absorto como embelgado.

Ya avisa *Soetens* á su amigo *Roeland*. Llega este y nos saluda afectuoso. Dirigennos los dos á una de las casitas del pueblo, y para entrar en ella, se acercan á la puerta trasera. — Vos extrañaréis, nos dijo *Roeland*, que vayamos á entrar por esta puerta y no por la principal. — Verdaderamente, le respondí, que no deja de parecerme algo desusado. — Pues bien, os daré la razon de ello, y no dudo que os habréis de maravillar. Habéis de saber que las puertas principales ó delanteras de las casas de este pue-